

Valores y Ética Ambiental

En las sociedades de antaño, como en el caso de nuestros bisabuelos, la vida se desarrollaba en armonía con los ciclos naturales, se conocían los cambios producidos en el clima, pues eran periódicos y sabían predecir dichos cambios sin fracturarse socialmente ni engendrar daño al entorno. La estabilidad es el rasgo esencial de la vida y de esta manera era entendida por los pueblos vernáculos, cuya integridad con su entorno armonizaba, sin oponer resistencia a los cambios naturales ni a forzar la Tierra a ir en contra de su propia estabilidad y mecanismos naturales de recuperación. Esto se conseguía mediante un trabajo a favor de la sociedad y del entorno, desarrollando una armonía en el avance de las sociedades y cuya alteración al entorno era insignificante frente a cualquier actuación de hoy en día. En su sabiduría cultural, eran conocedores de que el todo está formado por partes intrincadas, las cuales generan la *jerarquía terrestre*.

La verdadera visión ecológica del mundo considera que la riqueza y los beneficios reales derivan del normal funcionamiento del mundo natural y del cosmos. En el pensamiento actual, es mantener abierto nuestro apetito constantemente, habiendo pasado de tener como deidades a la naturaleza, a erigir como dios al consumo, ya sea vestido con los ropajes del tiempo, de alimento, de diversión, de bienes materiales. Todo es transformado bajo la visión del consumo. Nuestro apetito por bienes materiales e ingenios tecnológicos parece insaciable. Más aún, medimos normalmente nuestra riqueza y hasta nuestro bienestar en función de nuestra capacidad de acceder a tales objetos. Sin lugar a dudas hoy necesitamos infinidad de bienes materiales e ingenios tecnológicos, pero no es debido a una necesidad intrínseca, sino a las aberrantes condiciones en las cuales vivimos que nos llevan a depender de ellos para satisfacer nuestras necesidades biológicas, sociales, espirituales o estéticas. La necesidad del pueblo ya no es el cultivo del ser humano, sino el cultivo del materialismo, el cual es, en última instancia, el causante de los desarreglos en la ecosfera. El pensamiento imperante hoy día es que, cuanto más egoísta es nuestro comportamiento, maximizaremos no solo nuestros propios intereses materiales, sino también, a la larga, los de toda la sociedad; una alegre filosofía racionalizando, legitimando el individualismo y el egoísmo que están marcando la descomposición de la sociedad desde la revolución industrial. (Goldsmith, E. 1999).

Nuestro pensamiento, a través de la creación de sus propias necesidades artificiales, está generando el desajuste dentro de la sociedad y de esta con la vida, y cuya heterotalia está llevando a la exosfera a no sabemos qué destino, ya sea porque el ser humano consciente e iluminado está siendo enterrado bajo el ego y el mundo de las formas que nos aísla de la verdadera esencia y de las auténticas necesidades de todo ser vivo.

Valores y Ética Ambiental

En la mente de antaño, imperaba el ser interno de las personas. Había una conexión entre el interior y el exterior, desapareciendo las barreras mentales con respecto a la naturaleza y era donde el ser humano concebía la naturaleza como su hábitat, al cual debía respetar adaptándose a él y autorregulándose, manteniendo su propia homeostasis como cualquier otra comunidad vital; favoreciendo la ayuda mutua entre los miembros de la comunidad frente a la atomización social actual. En el estado de cooperación con el proceso *per se* en las comunidades, esta se orienta hacia la estimulación de la integridad y estabilidad global. Por eso, en las comunidades humanas, la responsabilidad de mantener la estabilidad de la sociedad eran los chamanes o personas con un rango de autoridad, quienes armonizaban la relación dentro de la población y con su entorno. El pensamiento manifestado por estas poblaciones era de integrar, mediante imágenes, la naturaleza en su sociedad. Esas deidades se identificaban con el equilibrio de la naturaleza y su simbología representaba la unión de cada ser vivo con su entorno y entre sí mismos. Mientras la consciencia animal o bioconsciencia faculta a este desarrollarse en su entorno para permitir su supervivencia y la adaptación frente a los cambios inmediatos, esa misma consciencia, presente en el ser humano, ha ido conviviendo actualmente con la actitud de egoísmo y al crecimiento del ego.

La sociedad actual sigue patrones mentales en los cuales impera la atomización, donde prevalece el individuo frente a la comunidad, en donde se acrecientan los problemas tanto de índole social como ambiental. En el pasado, jamás se cuestionaban situaciones respecto a la evolución del clima; si habrá caza o pesca; desconocían enfermedades que existen hoy en día, tanto mentales (como el estrés, la depresión), el aumento de casos de nuevos alérgicos como consecuencia de la exposición de cientos de productos químicos, la relación entre el desarrollo de los distintos tipos de cáncer con estas mismas toxinas generadas por el propio ser humano, como el elevado índice de obesidad en los países industrializados, mientras medio mundo se muere de hambre. Estos síntomas no existían antes y hoy en día convivimos con ellos, normalizándose su presencia sin ser conscientes del porqué de su presencia ni su implicación para la salud de la humanidad. Porque no solamente está enferma la tierra, sino el propio ser humano: enfermo de avaricia, de egoísmo, de inacción hacia la recuperación de nuestra casa. Y todo a partir de nuestro propio cambio individual.

Valores y Ética Ambiental

Ética Ambiental

Somos conscientes que el ser humano no surgió de la tierra por arte de magia, sino tras un proceso evolutivo complejo y continuo, manifestándose esta complejidad en el desarrollo de sociedades ricas culturalmente e interaccionando continuamente con el entorno, modificándolo en su propio beneficio, presentándose hoy en día cambios graves e irreversibles.

El desafío está en cómo, sobre todo para los habitantes de las ciudades, desapegados cognitiva y emocionalmente con respecto a la naturaleza, restablecer el equilibrio, aunando lo positivo de la cultura actual para recuperar nuestro papel dentro de la cadena vital.

Esta utopía, centrada en el reencuentro ser humano con la naturaleza y de los seres humanos entre sí, se puede llevar a cabo a través de la ética ambiental o ecológica. *La ética ecológica* propone, a través del respeto y conocimiento de las culturas y articulación intrínseca en el entorno social de cada individuo o grupo social, el fomento del desarrollo de valores para reconocer lo vital y lo no vital; tiene un valor intrínseco en sí misma, posicionándonos desde la moral para establecer nuestro equilibrio eco sistémico.

El alma de la ética ecológica nos muestra un nuevo camino a recorrer para romper los estereotipos asentados en la sociedad actual, cuestionando, incluso, a la concepción actual de la ecología. La ecosofía necesaria no es esa ecología, la cual supone ver la ecosfera, de que dependemos para nuestra supervivencia, con distancia y desapego científico. No salvaremos nuestro planeta con una decisión consciente, racional y carente de emociones, ni con la firma de un contrato ecológico con él, con base en un análisis de costo y beneficios. Se hace necesario un compromiso moral y emocional. El objetivo principal de la ecosofía es reorientar nuestras emociones a fin de cumplir el papel para el cual fue diseñada y que contribuya a la preservación del orden crítico de la ecosfera. La ecología profunda (Arne Naess, 1960) desarrolla en la persona una identificación con el mundo no humano, mirando más allá de las creencias y presupuestos de nuestra sociedad contemporánea, más allá de la sabiduría convencional de nuestra época y lugar, lográndose mediante un proceso meditativo de cuestionamiento profundo. Mediante el conocimiento de la igualdad biocéntrica de todos los seres vivos de este planeta, con el mismo derecho de vida, llegamos a la concepción: todos los organismos y entidades que pueblan la ecosfera participan de la misma totalidad interrelacionada y, por consiguiente, tienen el mismo valor intrínseco. Por lo anterior, todo daño infligido a la naturaleza, en realidad es daño a nosotros mismos, pues toda frontera

Valores y Ética Ambiental

creada con la mente es inexistente en la realidad, llegando al respeto a todos los individuos humanos y no humanos, sin sentir la necesidad de establecer un orden jerárquico entre las distintas especies que se halle coronado por el ser humano.

La nueva ecología propone una vuelta a las raíces profundas del ser, enlazando los sentimientos naturales humanos a la Tierra, engendrando una ecología vocacional, ya que de ello depende la vida de este planeta. Esta nueva ecosofía se puede resumir en ocho puntos:

- El bienestar y el florecimiento de la vida humana y no humana en la Tierra tienen un valor intrínseco, independientemente de la utilidad que lo no humano pueda tener para los propósitos humanos.
- La riqueza y la diversidad de las formas de vida contribuyen a hacer de la realidad estos valores y son, por tanto, valores en sí mismos. Todo lo vital, por el simple hecho de existir, debe ser respetado y permitir su existencia.
- Los seres humanos no tienen derecho a reducir esta riqueza y diversidad, excepto para satisfacer necesidades humanas vitales.
- El florecimiento de la vida y cultura humanas es compatible con un descenso sustancial de la población humana. El florecimiento de la vida no humana necesita esta disminución.
- Actualmente, la intervención humana en el mundo no humano, es excesiva y la situación está empeorando rápidamente.
- Por esta razón, las políticas deben cambiar. Estas políticas afectan a las estructuras básicas de la economía, la tecnología y la ideología. El estado que resulte será profundamente distinto del presente.
- El cambio ideológico consiste, principalmente, en apreciar la calidad de la vida, más que buscar incrementar el estándar de vida. Habrá una toma de conciencia profunda de la diferencia entre lo grande y lo importante.

Valores y Ética Ambiental

- Aquellos que suscriban estos puntos tienen la obligación directa o indirecta de realizar los cambios necesarios.

Esta nueva ecología propone el derrumbe de las paredes creadas por nuestro ego para mantenernos aislados del entorno, persiguiendo la unidad total con cada ser vivo de este planeta y con sus ciclos naturales, estando la verdadera sabiduría en el resurgimiento de los lazos de unión con todo nuestro entorno, despertando nuestra consciencia de unión con la totalidad, llegando, a través del desarrollo espiritual de las personas, a esta concepción de unidad con la vida. Debemos huir de la mente divisoria, la que es creadora de la ciencia actual, fragmentando en cientos de modelos a los acontecimientos de la tierra, a aislar al ser humano del resto de sus hermanos vitales, de seguir sosteniendo nuestro ego por encima de nuestra verdadera esencia de unidad con el todo.

REFERENCIA:

Goldsmith, E. (1999). *El Tao de la Ecología*. España: Icaria
Toro, R. (2013). *Valores y Ética Ambiental*